

full
Mons. Miguel de Andrea

Obispo de Temnos

324180

324186

HORA DE DEBERES

LA FUERZA VICTORIOSA DEL ESPIRITU

Id: 324180✓

Tomo:

Niv: S2

Sec: A

Bat: A

Fre: 04

Mod: 5

Est: 7

Pos: 27

EDITORIAL DIFUSION

Mons. Miguel de Andrea

Obispo de Temnos

324180

HORA DE DEBERES



LA FUERZA VICTORIOSA DEL ESPIRITU



EDITORIAL DIFUSION

CHILE
Sto. Domingo 1261
SANTIAGO

ARGENTINA
Herrera 527
BUENOS AIRES

URUGUAY
Cerrito 598
MONTEVIDEO

HORA DE DEBERES

SERMON DE SOLEDAD PRONUNCIADO
EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCANGEL,
EL 11 DE ABRIL DE 1952

EGO DESTITUTA ET SOLA (Is. XLIX, 21)

Heme aquí desamparada y sola

LA fe nos ha revelado que Dios después de haber sacado de la nada al Universo, creó en la tierra a Adán y Eva, padres de la humanidad. Dió a ésta por destino la felicidad temporal y eterna. Para ello la naturaleza humana fué sublimada con la gracia y elevada a la filiación divina. Pero la humanidad debía hacerse merecedora de este destino, mediante el buen uso de su libertad. Por eso le impuso Dios un precepto. El Creador había constituido al hombre en rey de la creación. Pero no con soberanía absoluta. La soberanía absoluta no existe fuera de Dios.

Nuestros primeros padres cedieron a la tentación satánica que les prometía ser como dioses si se libertaban del sometimiento, transgrediendo el precepto. Y como la sanción es de esencia de la ley, la consecuencia inmediata de esa transgresión fué aquella con la cual habían sido amenazados: la pérdida de la gracia, de la felicidad y de la inmortalidad. La justicia tenía que ser inexorablemente vindicada.

Pero Dios no sólo es justicia, es también misericordia, y la misericordia intervino para mitigar el rigor de la justicia.

En el mismo momento en que la justicia expulsaba a nuestros Padres del Paraíso y perdían la gracia, la felicidad y la inmortalidad, la Misericordia les anunció que a su hora aparecería sobre la tierra un vástago suyo, una

mujer que contribuiría a vengar la victoria de Satanás y a libertar a la humanidad, a redimirla de su esclavitud, a levantarla de su abyección y a capacitarla para la conquista de la gracia y de la gloria. Y cuando en la sucesión del tiempo sonó la hora profetizada que fué la media noche del 25 de Marzo, marcadora del fin de la era pagana, Dios, inclinado benignamente sobre la humanidad que quería salvar, posó su mirada en la creatura de más profunda humildad. Era necesario porque cuanto mayor fuese el vacío de sí misma, más grande sería su capacidad para ser llenada por la gracia de Dios y por el mismo Dios. De esta manera el cielo podría llamarla "llena de gracia" y añadirle: "Dios está contigo".

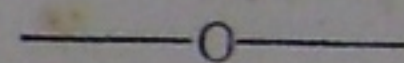
En efecto, enviado por la Trinidad Santísima uno de los más sublimes Arcángeles de la Corte Celestial, viene a la tierra y se hace presente en la modesta morada de una Virgen humilde que en aquella media noche inclinada la cabeza, como una azucena sobre su tallo, se hallaba en contemplación en el silencioso recinto de su pobre casa de Nazaret.

El Arcángel le dice que viene a cumplir de parte de Dios una misión, la de ofrecerle la maternidad del Redentor. La joven y humildísima Virgen tiembla, se estremece como una hoja azotada por el huracán. ¿Por qué? ¿Por la presencia del Arcángel? No. Los Angeles le eran familiares. Tiembla y se estremece por el conocimiento que tiene de la Sagrada Escritura, completado por las revelaciones divinas en sus horas de contemplación. Ella sabe perfectamente la serie de martirios que deberá soportar la mujer que sea elegida para Madre del Redentor. ¿Y cómo ella podría sentirse capaz? ¿Cómo podría ponerse a la altura de la responsabilidad y de los duros deberes que deberá afrontar? Pero al Arcángel le dice: "no te asustes, no tiembles; la virtud del Altísimo descenderá sobre ti, María. La virtud, es decir: la fuerza.

Tu capacidad ha sido colmada. Ave Maria gratia plena. Ya estás llena de gracia. Más aún; ya estás con Dios. Dominus tecum. Y si Dios está contigo, ¿qué puedes temer?

Se inclina profundamente la Virgen Nazarena y dice: que se cumpla en mí cuanto has venido a anunciarme, puesto que es la voluntad de Dios. ¡Oh mi Dios, mi sostén mi fuerza, en ti pongo toda mi confianza, hágase tu voluntad, no la mía!

Y desde ese momento forma la resolución de cumplir con todos y cada uno de los deberes, anexos a la misión de la maternidad divina.



¡Cuán modesto el teatro en que tuvo lugar esta escena más grandiosa que la creación del mundo! Se volvía allí a unir el cielo con la tierra, Dios con la humanidad. Se daba cominezo a la redención. Esa casa de Nazaret, la casa de la Anunciación debía ser preservada de las ruinas del tiempo y de las devastaciones vandálicas de los musulmanes. Los Angeles la trasladaron a Loreto en la noche del 10 de Diciembre de 1294.

He tenido la satisfacción inefable de pasar largas horas dentro de sus cuatro paredes el día 11 de Noviembre, día del Patrono de Buenos Aires, del último año. Durante ese tiempo pretendía adivinar cuál había sido el ángulo o el sitio preciso en el cual se detuvo el Arcángel ante la Virgen Nazarena. Mientras tanto el divino perfume de aquel ambiente nos impregnaba el alma.

Pero ahora lo que corresponde evocar es el hecho de que María desde el momento en que se puso de pie después de pronunciar el Fiat hasta el instante en que después de su muerte fué transportada en cuerpo y alma por los Angeles y los Arcángeles, cumplió hasta el heroísmo

mo con todos y cada uno de los duros deberes de Madre de Dios y de Corredentora de los hombres.

Por la única puerta de aquella casa debió salir con su esposo para ir a dar a luz al que el Espíritu Santo formara en sus virginales entrañas, entre unas ruinas de los alrededores de Belén. ¿Por qué no tuvo el consuelo de que el humilde techo de su modesta casa Nazarena cobijara a su recién nacido? ¡Dios lo sabe! Ella se limita a cumplir con su divina voluntad. Por esa misma puerta debió salir poco después, camino del destierro, para preservar al Divino Niño del degüello decretado por Herodes. ¿No podía Dios haberlo eliminado para salvar con la vida de Jesús la de tantos inocentes? Podía. Pero permitió que la sagrada familia soportara los sobresaltos de la prolongada jornada de la fuga y gustara la amargura del pan de los desterrados. María conoció los designios de Dios y los acató en cumplimiento del deber.

Dentro del recinto de aquella casa se desarrolló la escena que los Angeles adoraron en silencio, de la despedida de Jesús cuando después de haber convivido durante treinta y tres años, debió alejarse para Jerusalén porque se acercaba ya la hora de su Pasión y Muerte. Cuando Jesús, para asociarla a sus sufrimientos redentores, le pidió su consentimiento para verter la sangre que de ella había recibido, María apoyó su cabeza de Madre sobre el hombro del hijo y pronunció "Fiat" con la misma decisión con que pronunció el primero. Pero, cuán dura y amarga su soledad.

Pocas horas después pasa por los umbrales de aquella misma puerta en seguimiento del Hijo para acompañarlo y asistirlo en las sucesivas etapas de su inconcebible martirio.

Algunos de los discípulos de acuerdo con las santas mujeres trataron de ahorrarle al menos algunos de sus más trágicos dolores, sobre todo el del espectáculo de la

crucifixión, temerosos de que no lo pudiera soportar. Se empeñaron en disuadirla. Pero, ¿cómo, replicábales ella, queridos hijos míos, cómo pensáis que pueda yo dejar de cumplir con el deber materno de acompañar a mi Hijo Divino en el momento peor de su martirio, por ahorrarme un dolor, aun cuando este dolor fuese capaz de causarme la muerte? Lo sé, vosotros teméis que yo muera de dolor con El o aun antes que El... ¡Ah! La muerte sería para mí la dicha suprema. Pero por eso mismo no moriré. Estad de ello seguros. No es ésta, hora de recompensas. Es hora de deberes. Yo debo acompañar a mi Divino Hijo en su muerte. Debo ser con El Corredentora. El va a redimir a la humanidad con su sangre, y yo debo mezclar con ella mis gemidos y mis lágrimas. El muriendo; yo viéndolo morir y sobreviviéndolo. Yo debo mantenerme de pie junto a su cruz porque desde ella El quiere constituirme madre vuestra y madre de todos los hombres.

No, no moriré. El me ha revelado que debo sobrevivirlo porque debo presidir el nacimiento de su Iglesia y velar sobre la cuna de su cuerpo místico como velé sobre la de su cuerpo real. Me ha revelado que cuando sus discípulos, arrepentidos y avergonzados de su debilidad y su cobardía, vuelvan hacia mí, yo debo asegurarles su perdón y reanimarlos en su arrepentimiento. Yo tengo que consolar a Pedro cuando sin cesar de llorar venga a echarse a mis pies. Yo debo recoger entre mis manos sus lágrimas, esas lágrimas que a fuerza de correr han dejado ya surcos en sus mejillas.

Con qué serena majestad, cumplió María con la sucesión ininterrumpida de esos duros deberes, cada uno de los cuales implicaba un inefable martirio. Con cuánta razón la Iglesia le ha discernido el título sin segundo de "Reina de los Mártires". Véase a qué alturas inaccesibles la ha elevado el cumplimiento de sus deberes impuestos por los grandes ideales. Eso es lo que constituye el heroísmo

supremo sobre la tierra. Pero ese heroísmo sólo lo alcanza la voluntad robustecida por la virtud; es decir, por la gracia de Dios que es fuerza moral. Virtud quiere decir fuerza.

Es oportuno y es necesario recordarlo en esta época en la cual se halla en vergonzosa decadencia la fuerza moral. Es ésta una de las más funestas consecuencias del materialismo de la vida. Y por desgracia nos toca vivir en pleno auge del materialismo. Cuando esto acontece, el cumplimiento de los deberes queda sustituido por la exigencia de los derechos.

Soy como el que más, partidario de los derechos del hombre; de todos los derechos legítimos. Y por encima de todos, de los derechos naturales, porque estos proceden de la naturaleza, cuyo Creador es Dios; y los derechos que proceden de Dios, no deben ser ni desconocidos ni conculcados por los hombres. Entre los derechos naturales y por lo tanto divinos, están los derechos a la vida, a la libertad, a la propiedad. Les corresponde en consecuencia la inviolabilidad. ¡Y hay circunstancias, en las cuales, el hombre necesita y exige la inviolabilidad de la libertad y de la propiedad, aún más que la de la propia vida! Y he aquí dos observaciones bien desconcertantes: Primera; las épocas en que se exageran los derechos humanos son aquellas en las cuales se conculcan los derechos divinos. Segunda; las épocas en que prevalece la promulgación de los derechos son las que se caracterizan por la eliminación de los deberes. Sin embargo las que se distinguen por el predominio de los derechos, nunca son ni más prósperas ni más pacíficas que aquellas en que prevalecen los deberes. Y es porque para la prosperidad y la pacificación resultan infinitamente más eficaces los hombres armados de deberes que los asistidos por derechos. El hombre puede ceder de su derecho, pero no puede faltar a su deber.

Las condiciones en que se halla el mundo, exigen la promulgación de los deberes más que la enunciación de los derechos. Se necesita un valor moral mucho mayor para hablar de deberes que de derechos. Hablar de derechos es halagar a las pasiones y fomentarlas, hablar de deberes es contradecirlas y frenarlas. Y se requiere más autoridad moral para contrariarlas que para halagarlas.

Existe además una correlación indivisible entre los derechos y los deberes. Mi derecho termina donde comienza el de mi prójimo; y el derecho de mi prójimo indica el principio de mi deber.

La paz no reinará mientras no impere la justicia. La justicia consiste en dar a cada uno lo que le corresponde. Cuando la justicia se vuelve unilateral, deja de serlo y se convierte en injusticia. Sólo el imperio de la justicia bilateral puede establecer el reinado de la paz social.

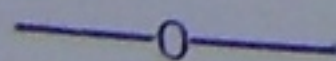
Durante períodos excesivamente prolongados, el capitalismo ha venido faltando a la justicia en perjuicio del trabajo. Nadie como la Iglesia lo denunció y lo recriminó. Aquellos abusos incubaron la revolución social. Esta se ha producido pero sin ventajas para la paz, porque ahora el trabajo se toma la revancha empeñándose en defraudar al capital. He aquí uno de los más serios problemas de nuestros días.

Los excesos del pasado no se remediaron con los del presente porque éstos prepararían los del futuro y de esta manera tendría que vivirse en un estado permanente de guerra social. Si el capital tiene el deber divino y humano de remunerar suficientemente al trabajo, el trabajo tiene a su vez el de no defraudar al capital. La justicia debe ser bilateral si se quiere que no degeneren en injusticia. He aquí por qué la correlación de los derechos y los deberes debe ser indivisible.

Y hay más aún; para que la justicia pueda ser perfecta no debe divorciarse de la caridad. Cuando la jus-

ticia asiste al derecho de mi prójimo yo debo prestarle mi adhesión, aun a costa de mi propio sacrificio. Para hacérmelo aceptar se requiere la intervención del amor. El amor que debo a mi prójimo que debe asemejarse al que me profeso a mí mismo. Véase por qué no debe separarse la justicia del amor, ni el amor de la justicia. Ni caridad sin justicia ni justicia sin caridad.

Si se iniciara en el mundo una cruzada en favor del cumplimiento de los deberes, comenzaría la era de la pacificación social. De los deberes para con Dios y de los deberes entre los hombres. El Código de los unos y de los otros es el Decálogo. El Decálogo promulgado en el Monte Sinaí, ha sido rubricado con la sangre divina en el Monte Calvario. La obligación de cumplirlos es grave y tiene trascendencias individuales y sociales. Es necesario tener presente que todo lo que en él se prohíbe, no es malo solamente porque se prohíbe; se prohíbe porque es malo y porque lo malo es engendro de ruinas. Es necesario también advertir que los deberes para con Dios y para con los hombres no implican un cercenamiento, sino una garantía de la verdadera libertad. Los faros que se encienden para señalar los escollos, no atentan contra la libertad de los navegantes, antes bien la protegen y la salvan. Y conviene también recordar que las transgresiones a las leyes divinas, nunca quedan impunes. Pero no incurramos en el materialismo que condenamos; los deberes han de cumplirse no por conveniencia, sino por conciencia.



El heroísmo en el cumplimiento de los deberes es la gloria suprema de esta Madre de Dios y Corredentora de los hombres. Fijemos en ella la mirada de nuestras almas para aprender sus lecciones. Los desfallecimientos

suelen sobrevenir una vez realizados los supremos esfuerzos. La única excepción de esta regla es nuestra Madre; eres tú, Reina de los Mártires. Al expirar Jesús, el sol se oscurece como para vestir de luto a la tierra. La tierra tiembla y las piedras se parten. El velo del Templo se rasga. La Reina de los Mártires permanece firme y serena, desamparada y sola.

Si ahora se sienta al pie de la Cruz, no es para descansar, sino para que su regazo sirva de altar a la Víctima inmolada. ¡Qué altar! El mundo jamás vió ni verá otro semejante. ¡De qué manera tan distinta descansaba Jesús en el regazo de su Madre en Belén y en Nazaret!

El patíbulo del Hijo está siendo el dosel de la Madre. Ese altar es también una cátedra. Desde ella nos incita a cumplir con nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, para nuestra salvación. Esa incitación nos llega entrecortada por gemidos; los gemidos que le arranca la obstinación de los que persisten en no seguir sus lecciones con peligro de su salvación temporal y eterna.

No olvidemos la advertencia consignada en la Sagrada Escritura: "gemitus matris tuae, ne obliviscaris", "no eches en olvido los gemidos de tu madre". Es esto lo que nos pide para nuestro bien esa Madre "desamparada y sola".

LA FUERZA VICTORIOSA DEL ESPIRITU

**SERMON DE RESURRECCION PRONUNCIADO
EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCANGEL
EL DOMINGO 13 DE ABRIL DE 1952**

HAEC DIES QUAM FECIT DOMINUS, EXUL-
TEMUS ET LAETEMUR IN EA.

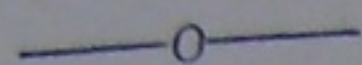
*Alegrémonos hasta que el júbilo desbor-
de de nuestras almas, en este día creado
por el Señor.*

ES un deber primordial de todo apóstol de la verdad el conocimiento del medio en que está llamado a exponerla. De lo contrario resultaría inadaptada y por lo tanto ineficaz.

El medio en que se debate la época actual es el de la desesperanza. De la desesperanza a la desesperación no hay más que un paso. Nuestro deber primordial es pues el de empeñarnos en que no se dé este paso fatal. Y para ello es necesario eliminar de las almas el tóxico de la desesperanza. Esta ha penetrado en todas las esferas y en el afán de justificarse ha llegado a inventar una filosofía: el existencialismo. He aquí uno de los más funestos errores contemporáneos. El error es casi siempre una desfiguración o un fraccionamiento de la verdad. Los hombres, por una imperiosa exigencia congénita, tenemos necesidad de la verdad, de la verdad evidente, descubierta por la razón o revelada por la fe.

Nosotros sentimos una necesidad imperiosa no de lo relativo, sino de lo absoluto. Sentimos ansias no de lo deleznable, sino de lo duradero. Tenemos hambre no de la duda sino de la certeza. Tenemos sed no de las apariencias, sino de las realidades.

¿Y por qué nos ha invadido la desesperanza? Porque en estos tiempos la esperanza se ha puesto en lo relativo, lo deleznable, lo dudoso y lo aparente. Y todo eso está fracasando.



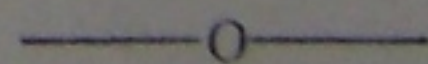
Hoy es el día creado por Dios, cuyo esplendor disipa las tinieblas de la desesperanza y ahuyenta la oscuridad de la desesperación. Es el día del resurgimiento definitivo de la esperanza incommovible, de la victoria indefectible de lo absoluto sobre lo relativo, de lo duradero sobre lo deleznable, de lo cierto sobre lo dudoso, de lo real sobre lo aparente.

Es el día de la victoria del espíritu sobre los avances de la materia; el día del triunfo de la fe sobre las veleidades de la razón; el día de la derrota de la fuerza por la supervivencia de la libertad. Jesucristo triunfando de la fuerza y libertándose de la muerte nos revela nuestro destino. Por esto hacemos nuestro el júbilo de la Iglesia Católica y no obstante lo adverso de las circunstancias y el pesimismo de los augures fatalistas repetimos hoy con entusiasmo: "Alegrémonos hasta que el júbilo desborde de nuestras almas en este día creado por el Señor".

Las fuerzas armadas del imperio romano custodiando el sepulcro para impedir que los discípulos de Cristo secuestran su Cuerpo, sólo sirvieron para documentar oficialmente el hecho de su gloriosa resurrección, que fueron incapaces de frustrar como lo serían todas las fuerzas del universo si se concentraran en el oriente con la pretensión de impedir la salida del sol. De la misma manera como del fondo oscuro del sepulcro se levanta transfigurado el Cuerpo del Redentor, debe surgir hoy

de las profundidades de la desesperanza la vigorización de nuestra fe en la victoria definitiva.

Tal vez nunca como ahora la humanidad ha necesitado tanto de esta vigorización espiritual. Si la humanidad hoy tan materializada no detiene pronto su marcha, se hundirá en su ruina. En este tono la está amonestando el Vicario de Cristo resucitado. Y los acontecimientos que se suceden están ratificando las admoniciones del Pontífice. Pío XII acaba de formular un llamamiento patético de retorno de todo el mundo a Cristo, comenzándolo por su propia Diócesis de Roma. "Espanta, ha dicho recientemente, la persistencia de una situación general que puede, no titubeamos en decirlo, explotar en cualquier momento y cuyo origen se debe buscar en la tibieza religiosa de tantísimas almas, en el bajo tono de la vida pública y privada y en los esfuerzos sistemáticos para intoxicar a las almas sencillas con un veneno que se les ingiere después de haberles adormecido el sentido de la verdadera libertad". Lo que equivale a decir que el materialismo que en la actualidad estimula las actividades humanas, es lo que las está empujando hacia su ruina. Y por eso agrega el citado mensaje: "el espíritu del Evangelio además de salvar a millones de almas de la ruina eterna, es el único elemento que puede asegurar la convivencia pacífica y la colaboración fecunda entre los pueblos".

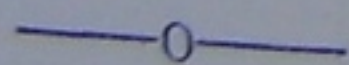


Confirmemos hoy nuestra esperanza en la victoria definitiva del espíritu sobre la materia. No hay en el mundo ninguna fuerza que pueda dominarlo ni vencerlo. Y lo interesante es que no hay nadie en el universo, por desvalido que sea, que no pueda utilizarlo. Lo único que se requiere es quererlo. Es una simple cuestión de vo-

luntad. La voluntad es una de las tres facultades del alma con que todos por igual venimos al mundo. Y la voluntad es la energía indomable dada por Dios a todo hombre. Pueden mancomunarse todas las amenazas y todas las seducciones para arrancarme un "sí". ¡Pero todas ellas caerán vencidas a mis pies, si mi voluntad persiste en mantener un "no"! El heroísmo cristiano de esta actitud emana de la voluntad vigorizada por el espíritu y regida por la fe.

Pero cuando los móviles de la voluntad son terrenos, sensuales, inmediatos, puramente mundanos, la voluntad se desvirtúa y las claudicaciones vienen a constituir la norma vulgar de la vida. Por eso cuando impera el materialismo desaparecen las resistencias y las reacciones. Cuando los únicos incentivos son las ambiciones de poder, de mando, de ventajas, de puestos y de dinero, la voluntad se enerva y el heroísmo moral desaparece.

Durante el aprendizaje de mi apostolado evangélico, yo no comprendía del todo la razón por la cual nuestro Divino Maestro ha señalado al oro como rival de Dios. "No es posible servir a dos señores de intereses opuestos. No es posible servir a Dios y al becerro de oro". Ahora sí, lo comprendo, lo compruebo, y todos los días lo veo. El dinero tiene un poder fascinador. Cuando impera el materialismo el dinero se cotiza más alto que el mismo Dios. ¡Cómo extrañarse pues, que también se cotice más alto que la moral, que la amistad, que el parentesco y que la Patria misma!



Ha sonado ya la hora de detenerse a pensar que si queremos contribuir a evitar la catástrofe colectiva, todos debemos resolvernos a reaccionar, es decir, a retornar a Cristo para vivir de su espíritu. Es hora ya de comprender

que no sólo "de pan y de circo" ha de vivir el hombre. Y nadie puede considerarse exceptuado de responder a este llamamiento supremo. Acaba de ser lanzado al universo por el Congreso Mundial del Apostolado de los seglares y autorizado por el Papa. El llamamiento se dirige a pueblos y gobiernos, a poderosos y desheredados, a hombres y mujeres, a sabios e ignorantes, a todos los que creen que hay algo por encima del mundo deleznable de la materia.

Ha sonado la hora en la cual todos, sacerdotes y seglares debemos convertirnos en apóstoles del espíritu, del verdadero espíritu de Cristo. Y no tengo por qué ocultar que a los sacerdotes nos corresponde iniciar la reacción con la palabra y con el ejemplo.

Hay dos cosas que el pueblo no tolera en el sacerdote; la militancia política y la avaricia o el apego excesivo a los bienes materiales. Y el pueblo está en su derecho porque ambas cosas nos están vedadas. Los sacerdotes no podemos, no debemos militar en partidos políticos. Partido es una parte del pueblo y nosotros nos debemos por entero a todo el pueblo. Por lo demás, y nunca me cansaré de repetirlo, nuestra doctrina auténtica nos enseña y la historia nos demuestra que la política más benéfica para el pueblo y para la misma Iglesia, ha sido, es y será la de la prescindencia política de la Iglesia.

En cuanto al desapego de los bienes materiales, nos está expresamente ordenado por Jesucristo. Al enviar a sus Apóstoles les dice: "No os preocupéis de atesorar oro, ni plata, ni dinero... al operario evangélico no le faltará jamás el sustento y con eso le basta".

Por convicción y por experiencia puedo y debo afirmar que la pobreza evangélica es lo que da eficacia y libertad a la predicación de la verdad. Cuando se puede decir sin temor a ser desmentido: nada temo y nada espero del mundo; nada temo porque nada tengo que se

me pueda quitar y nada espero porque nada quiero de lo que se me pueda dar, se halla uno en posesión de lo único que necesita el apostolado de la verdad ¡la libertad! El sacerdote puede entonces decir: me siento feliz y me considero independiente no teniendo nada, porque no teniendo en este mundo nada, lo tengo todo, porque lo tengo a Dios. El sacerdote que puede hablar así, se halla en condiciones de poder repetir esta frase de uno de los más eminentes de nuestros Frailes patriotas: "Si la fuerza me hace callar, me doy por mudo; si me hace matar, me doy por muerto; pero no tendré que decir jamás: "vae mihi quia tacui" ¡Ay de mí!, por haber callado".

—o—

Sin embargo, esta elevación espiritual que todos debemos procurar, no debe hacernos perder el sentido de la realidad. Puedo afirmar que no desconozco el medio en que me toca vivir y actuar. Veo, como todos, nubes oscuras en el horizonte de los cuatro vientos y las veo también bajo nuestro cielo. Nos debatimos en medio de una gran oscuridad y andamos a la deriva y como sin brújula. Pero si se me hace la pregunta contenida en el Libro de Isaías: "Custos quid de nocte?", vigía, ¿qué nos pronosticas de la noche que nos envuelve?, daré con fe absoluta la misma respuesta consignada en aquella admirable profecía: "a través de la oscuridad de la noche que nos envuelve veo una claridad: ¡es la aurora! ¡el amanecer!"

Cuando después de las tinieblas que envolvieron las largas horas de la Pasión del Señor, cuando las pasiones humanas se creían triunfantes porque habían muerto al redentor que había venido a frenarlas, la victoria de la resurrección no vino de afuera del sepulcro, surgió de adentro, del fondo de su oscuridad. El Taumaturgo fué

el mismo ajusticiado. El mismo a quien se creyó vencido es quien por su propia virtud se levantó victorioso. La derrota duró unos días, la victoria se prolongará por toda la eternidad.

El resucitado ya no padece ni muere. "Ubi est mors victoria tua?", ¿qué es, oh muerte de tu victoria?

—o—

De estas reflexiones, debemos sacar estas consecuencias: a pesar de todas las circunstancias adversas, mantengamos siempre firme la fe. Cuanto más densa haya sido la oscuridad más viva brillará la luz. Y esa luz auroral no será encendida desde afuera. La virtud que ha de producirla es la que esté dentro de nosotros, si en nuestro espíritu reina Dios: "regnum Dei intra vos est" el reino de Dios está dentro de nosotros

Dios es verdad, es libertad, es amor. Y el amor es más fuerte que la muerte. Abundan pues las razones superiores para augurarnos desde el fondo del alma: ¡Felices Pascuas!

Se terminó de imprimir el día 7 de mayo de 1952, festividad de San Estanislao, en los talleres gráficos "Pedro Goyena", Herrera 541, Buenos Aires. - 2428-raaa-eaa.